

AÑO VIII -- Nº 92

ENERO DE 1947

HISTONIUM

(I S T O N I O)

BUENOS AIRES

PRECIO \$ 1.-



"FRAGMENTOS DE UN CIELORRASO" por G. Battista Tiepolo - (Florenca - Galeria Pitti)

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA DE CULTURA

HISTONIUM

Circula en todo el país
y en toda Sud América

Dirección y Administración:

PARANA 464 BUENOS AIRES
U. T. 35, LIBERTAD 4041

SUSCRIPCION ANUAL
Capital e Interior \$ 10.— m/n.

Registro Nacional de Propiedad
Intelectual N° 222.320

CORREO ARGENTINO
Franqueo pagado Tarifa Reducida
Conces. N° 804 Conces. N° 953

REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR:

BOLIVIA: Jorge Zeballos T.
Casilla 457 Oruro

BRASIL: João Castaldi
Rua Antonio de Godoi 122
11° Sala 118
Suscripción anual Sao Paulo
50 Cruzeiros

COLOMBIA:
Distribuidora Colombiana de Publicaciones
alle 34, Casa 3437 Barranquillas

CUBA:
Oficina Distribuidora de Libros
Neptuno 158 La Habana

CHILE: Orestes Sanzolini
Casilla 1779 - Fono 52279
Suscripción anual Santiago
m\$ç. 100.—

ESPAÑA: Manuel Queroy Simón
Avda. José Antonio N° 45 -
Apartado de Correos N° 98.
Teléfonos 13344 y 75323 Madrid

INGLATERRA:
Anglo-Spanish Press Bureau
12, Duke Street Londres

ITALIA: Dr. Ignacio Weiss
Milán - Turín - Roma - Nápoles

PARAGUAY: A. Costagliola
Humaitá 102
Suscripción anual Asunción
8 Guaraníes

PERU: "La Prensa Mundial"
Plumereros 315
Apartado 2355, Teléfono 37514 Lima

URUGUAY:
Sabina Noziglia de Cogorno
Av. Sayago 955 Montevideo
Suscripción anual m\$ñ. 5.—

Agentes en todas
las ciudades y
pueblos del interior

Distribuidor para la venta
en la Capital Federal
FRANCISCO CAVALLLO

C. Calvo 4117 U. T. 45-7283
CAPITAL

La Dirección selecciona los artículos
para su publicación, siendo los autores
responsables de la exactitud de las afir-
maciones contenidas en los mismos: **No
se devuelven los originales.**

S u m a r i o

Página

CIENCIA - TÉCNICA, Ingenium	I, III y V
<i>Dignificación de las tareas intelectuales</i> (editorial), P. Girosi ..	1
<i>Despedida de mis libros</i> , A. Farinelli	3
<i>La leyenda de Fausto y el humanismo taliano</i> , A. Seppilli	6
<i>El Poema de la Naturaleza de Tito Lucrecio Caro</i> , D. Hernández	10
<i>La casa y la familia romana</i> , G. Calza	13
<i>Nuevas orientaciones del teatro y la música</i> A. Casella	17
<i>César Cipolletti</i> , R. L. Quartino	21
<i>Un gran paisajista italiano</i> , F. Gir	25
<i>Artemisa - Diana</i> , M. Sabiny	29
<i>Valles del Sur</i>	35
<i>Los prodigios del "Allium Cepa"</i>	36
<i>Molière alumno de actores italianos</i> , A. G. Bragaglia	38
<i>Mausoleo de Belgrano</i> , J. A. Vilardi	41
<i>Los perfumes en la antigüedad</i>	43
<i>Las sobremesas del Viejo Doctor</i> , A. G. Madruzzo	44
<i>Notas Bibliográficas</i> : J. Imbelloni, A. G. Madruzzo, Y. B. Lau- ri, B. Jacovella, M. Sabiny, S. Poletti, M. Gorgier, C. Bru- nella	46
<i>Balance Musical de 1946</i> , J. F. Giacobbe	54
<i>Teatro y Cine</i> , El Duende	57
<i>Róncolo</i> (cuento), C. Salsa	60
<i>A solas</i> , Syria	63
LA LEYENDA DEL TRAJE NEGRO, L. Portela	VIII
EL AMBIDEXTRISMO Y LOS DEPORTES, F. A. Mateo	IX
DE TODO UN POCO Y PARA TODOS, Gilliat	XI
CURIOSIDADES CIENTÍFICAS, Ingenium	XII

TINTAS

CAOUTCHOUC
BRONCE EN POLVO
FRANELAS
MOLETON
CHAPAS DE ZINC



LITO-OFFSET
TIPOGRAFICAS
GRAVURE
HOJALATA

KORETZKY, NOGUERA & CIA.

ADMINISTRACION
COMPRAS Y
DEPOSITOS
INCLAN 2541/43
U. T. 61-7733

BUENOS AIRES

FABRICA
VENTAS
ACONQUIJA 2942
U. T. 61-4554/7718

EXPORTACION - IMPORTACION

BALANCE MUSICAL DEL AÑO 1946

por JUAN F. GIACOBBE
(especial para HISTONIUM.)

CON la llegada calendaria del verano, y más que con ella, con la llegada del fin del año, las actividades musicales de Buenos Aires, se pliegan siempre hacia la pauta de las vacaciones. Pero antes de ello, así como en los fulgores del ocaso se apura la fruición del día, también Buenos Aires se apura por echar el resto de sus actividades musicales, con un apresuramiento y apretamiento que colinda un poco con lo maniático. Es algo así como la colación de grados de todos los artistas o pseudo artistas musicales, que puján por ocupar el último lugar en el año que se va, y un ir y venir de esporádicos y vanos reflejos conservatoriles se propaga por el espíritu de la ciudad.

Ya agotada la gran temporada; emigrados ya los grandes nombres universales; esfumada en cierta forma la derrota del cotejo, y propicio el público a la complacencia y al ocio, las sañas comienzan a llenarse de cantantes noveles y veteranos (que nunca dejarán de ser menos que noveles); de instrumentistas que tienden al triunfo y de otros que repiten sus inevitables fracasos; de danzarines que descubren a último momento lo que hace milenios se sabe; y de directores de orquesta que han estudiado a través

del disco lo que nunca aprenderán (se trata de la "música"), y, todo ello, movido por el impulso de las secretas pasiones artísticas, pintado por el retaceo de tanta aspiración y tanta vanidad, ofrece por momentos la imagen de una acción arlequinesca y paradojal, en la cual es evidente el espíritu doliente y mediocre de la máscara.

Salvo raras excepciones, diciembre es el mes propicio y mal augurante del "arte" de conservatorio, ese "arte" entre burocrático y comercial, entre hipócrita e infeliz, que vende ilusiones y desilusiones así como vende diplomas, títulos y medallas a los ingenuos de todas las disciplinas sonoras. Algo así como el mes de la burla y el mes de los retardados, que ya con timidez, ya con arrogancia se presentan a recibir el precio de su verídico o embozado fracaso. Por eso diciembre es un mes apendicular en las actividades artísticas y todo lo apendicular sobra, cuando no molesta. De allí que no nos ocupemos de sus actividades en forma particular, sino más bien en forma panorámica y totalizante de todo el proceso del año. Un balance no-negociable, ciertamente, del espíritu de la música a través de nueve meses densos y dinámicos de actos, seres y cosas.

ACTIVIDADES LÍRICAS

EN el Colón, el mismo clima, casi la misma gente y casi las mismas óperas de hace cinco años. Los mismos directores de orquesta, que parecen ser socios vitalicios del gran coliseo, un repertorio estable y un anquilosamiento en los procesos escénicos que parece hacerse crónico e insalvable.

Cantantes extranjeros, apenas discretos los unos y no del todo malos los otros; cantantes argentinos de las más opuestas edades y escuelas, buenos los unos, en el ocaso los otros, y una gran cantidad de gente nueva, llena de aspiraciones, de ansias y de juventud, que se las manda al toro, sin más preparación que la que da el entusiasmo y el afán de luchar, gente que va al gran arte de la ópera sin ambiente depurador, rodeada de bajas intrigas, obstaculizada por trampas egoístas, sin otra guía que el instinto, y sin más madurez que la intuición. Cantantes argentinos, que a veces van a las segundas representaciones en roles protagónicos, sin ensayo de orquesta, sin dirección escénica o con una tan sumaria y tan despectiva, que se diría que se los manda voluntariamente al fracaso. Y juntamente con ello, la incultura ambiente. Incultura inveterada en el ambiente de nuestro Colón. Incultura de orden histórico, de orden técnico y de orden artístico. Facilonería, improvisación, falta de responsabilidad y sobre todo engaño, autoengaño artístico. Así, voces bellas, voces frescas, aspiraciones nobles, ideales fla-

mantes, se estrellan en nuestro primer coliseo contra una muralla de obstáculos, de ineptitudes y de falsías. Y, así, cunde el ejemplo de las artimañas, de los subterfugios, de la fraudulencia artística. Los más nobles, los más impertérritos, tendrán que plegarse, a la larga, al ambiente y seguir el camino ya marcado por más de una década de ensayos abortivos y de aspiraciones fracasadas.

Y es que en ese Teatro Colón, las cosas han sido tomadas siempre como expresiones burocráticas y no como expresiones artísticas. Ha primado constantemente la política, y todo lo que ha sucedido en el C. Deliberante o en el municipio, ha ido a resolverse invariablemente como corolario inferiorizante en las actividades del Colón. Para ello se ha esgrimido un arma débil e indigna de la valía argentina: la difamación. Para llevar a un plano inmerecido (no por culpa propia sino por culpa del ambiente) a una figura local, se enarbolaba la bandera de una inválida xenofobia ignorante y barata, y, de no, se traían elementos de evidente mediocridad, mientras a los aspirantes argentinos se les entretenía en antesalas, en intrigas y en injusticia, en vez de promoverlos hacia lo grande, lo verdadero, lo auténtico del arte. Lo que ha pasado en la política, en la universidad y en todo el orden del espíritu, ha pasado también en nuestro arte lírico. Pequeñez, mezquindad, envidia, impotencia, malversación de energías y, sobre todo, trai-

ción a los verdaderos valores del espíritu nacional, han envenenado las arterias vírgenes del Colón. Por eso hay que oxigenar las actividades líricas, hay que desintoxicar el ambiente y promover, justa y sanamente, hacia lo mejor a tanta fuerza dispersa y perdida que fluctúa, casi amargamente, a la deriva.

Digámoslo sin empacho, las escuelas artísticas del Colón son insuficientes. No basta imitar la voz para hacer un cantante lírico, hay que hacer de todo cantante lírico un actor. La ópera no es sólo canto; es canto representativo y representado. Solamente un cantante genial, una voz de excepción y una escuela extraordinaria, pueden disimular al mal actor de ópera. Pensemos en los casos de Claudia Muzio, Chaliapine y Ninon Vallin y pensemos en los hermanos menores, que se defendían no sólo con la voz sino con el arte escénico. Digamos también sin empacho que, en el Colón, no hay maestros de arte escénico, que no hay rectores de escena, que no hay escuela de arte. Se hacen las óperas sin convicción, sin amor, sin fuego. Se hacen porque hay un público manso que va, resiste y cortésmente aplaude, pero ello no quiere decir que se haga arte. Falta, en cada espectáculo del Colón, la purificación artística, la perfección de medios, la purificación de fin. Se trabaja burocráticamente allí, y cuando en el arte se trabaja se le rebaja al rango del artesanado, cuando no del oficio, siendo más grave aún cuando se trabaja burocráticamente, es decir con reglamento, con mecánica horaria y con disciplina oficinesca. Esto quiere decir que todo lo que en arte es entusiasmo, búsqueda, fiebre, delirio invasor y constructor de los grandes momentos, tiene que adaptarse al frío calculismo de una conveniencia antiartística; esto quiere decir que el "arte" se reduce al mecanismo de una máquina que funciona tanta y por tantas horas, y antes y después de ello entra en el ambiente de lo indiferente y de lo estático. Así es como se castra al arte y así es como se esteriliza un arte difícil y convencional como el de la ópera.

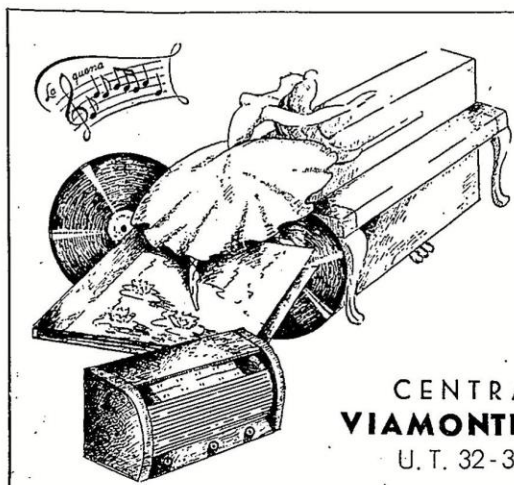
Yo he visto funcionar los grandes teatros europeos y los más grandes por tradición. He visto el fuego, la fiebre, el amor propio y sobre todo el temor, el sagrado y místico temor que recorría a los artistas y no sólo a ellos, sino también a los atrecistas y servidores del arte, contagiados por el trance sagrado de la representación. Todo allí nacía de algo imponderable y evidente a la vez, todo nacía de un: CREDO. Desde el portero hasta el director de orquesta se

establecía un fin vital, un fin trascendente. Nadie estaba allí para ganarse sencillamente un estipendio, como un oficinista o un barrendero, pero todos estaban, porque la ópera era para ellos como la esencia misma de la vida y de la eternidad, un flúido divino y una divina necesidad. En la Opera Russe de Moscú de París, casi no había solistas y todos eran solistas y coristas a la vez, y los artistas hasta se confeccionaban los vestidos. Y en los entreactos y en los pasillos no se hablaba de comadreo político ni de acomodos indecentes, sino que se hablaba y se discutía de valorizaciones históricas referentes a la representación. En la Scala de Milán o en el Constanzi, o en Salzburgo, se entraba con la misma devoción y con el mismo temor bello y el mismo silencio reverente con que se penetra a un templo.

Esto no quiere decir que los artistas eran allá de otra pasta de lo que pueden ser aquí, sino que el ambiente y, sobre todo, la clase dirigente del teatro eran otra cosa. No hablo ahora de casos particulares ni me refiero a ninguna actualidad; justifico solamente por qué razón allá se hacía un arte artístico, y aquí se hace un arte "artefacto". Falla en nuestro Colón la estructuración basal, la orientación directiva. Los directores van y vienen, hacen y deshacen sin premio ni gloria. Lo mismo les da una actuación brillante que una mediocre. Cobran su mensualidad y el río sigue corriendo. Pero, entretanto, la juventud que aspira, la juventud que tiene un imperativo de arte, la juventud que tiene un destino artístico, tiene que besar el suelo del fracaso muchas veces, o terminar siendo uno de tantos, cuando no un vanidoso, un simulador o un cachafaz que arrastra dentro de sí la condena de su propio fracaso.

La ópera es un género que exige una doble cultura. La de la música en primer término y la del teatro en segundo término. Tanto la cultura de la música como la del teatro no se adquieren por gracia iluminante, sino por aplicación constante y disciplinada, cuando se tienen anticipadamente las facultades para ello. Es decir, no basta haber visto mucha ópera y haber estado mucho en un teatro para entender de ópera y teatro. Hay que tener la "cultura" técnica de todo ello, después de haber nacido para tal fin. No basta saberse los nombres y las escuelas, hay que conocer a fondo las partituras, saber los esfuerzos que exigen del cantante y qué cantante es capaz de realizar la labor, y aún más, cuánto tiempo se necesita para preparar tal o cual espectáculo.

No basta para ello la sagacidad un poco usurera



Lo más sublime: **MUSICA**
Obséquela y
proporcionará **FELICIDAD**

"LA QUENA"

CASA DE MUSICA

CENTRAL:
VIAMONTE 859

U. T. 32-3104

SUCURSAL:
LAS HERAS 1821

U. T. 44-9776

del empresario; es necesario que el director, el director del espectáculo sepa, pueda y quiera actuar como se debe para llevar a cabo la empresa de la ópera.

No lo olvidemos, la ópera pertenece a un arte de origen aristocrático que poco a poco ha venido democratizándose pero sin perder sus exigencias palatinas y representativas. Es un arte tan antinatural y tan idealizado que exige todo un proceso de convenciones y de estudios para que aparezca como "natural" y real a la vez. Todo ello no se consigue sino con estudio amoroso, es decir, estudio y amor, cosas ambas aherrojadas en nuestro primer coliseo.

Por eso hay que esperar que, ahora que el arte vuelve a renacer como una necesidad del espíritu doliente y dolido de Europa y se nos prepara la avalancha de competencia, la dirección del Colón tomará sus medidas correctivas y defenderá, no con vanas fórmulas retóricas, ni con lugares comunes de un nacionalismo arrastrado por la inmundicia de los trans fugas de profesión, sino con la justicia de un auténtico sentimiento humano y patriótico, los valores nacientes y las promesas reales, de una juventud que anhela y desea ocupar su puesto en el plano de las vivencias argentinas.

INTERPRETES INDIVIDUALES

EL concertista, el cantante y el danzarín, ya en su función individual, ya en función de pequeño conjunto, ha ido multiplicándose en veinte años en Buenos Aires. La labor de maestros particulares y de institutos oficiales, ha fomentado la concreción del solista o solistas y, en ciertos meses del año, nuestra metrópoli ofrece una variedad tan grande de programas y actuaciones que no es posible seguirla en todos sus pormenores.

Concertistas de todo rango y de todo renombre actúan con una pluralidad electrizante y las salas y la propaganda mural se colman de reclame y éxito, cuando no de indiferencia y olvido. Los grandes concertistas extranjeros han tenido, en los últimos años, un mercado valiosísimo en Buenos Aires, y los empresarios nos los han prodigado con una bien organizada visión comercial. Las butacas han llegado a pagarse a precios exorbitantes, y el modesto, el simpático y fraternal "parai.o" ha subido a la cotización de las plateas de antes. El concierto ha venido a ser así un lujo para clases pudientes, y un encarecimiento para las necesidades espirituales de la clase que vive al día. Pero ello no ha evitado que los teatros se vieran llenos hasta el tope y que las localidades se agotaran con semanas de anticipación.

En ciertos concertistas esto está más que justificado; en otros ha valido la propaganda, la ignorancia y el esnobismo para dar a todo un oropel y un éxito pirotécnico. Los conciertos de piano han conquistado sobre todo una victoria increíble; victoria que por momentos ofrece la característica de una enfermedad. Hay ya cierto morbo *esnobista*, un cierto ambiente de tertulia y de cita social en las plateas y una tendencia de aficionados en la asistencia y en el gusto. Stendhal resucitado, podría constatar que el delirio de los melómanos rossinianos de su época, se ha transformado en un delirio fácil de pianómanos en la actualidad. Las mujeres cursis y decadentes que piden a gritos la Polonesa en la bemol de Chopin (ahora llamada estúpidamente "heroica") y que la conocen tanto que llegan a creer que ha terminado cuando está recién promediada, nos aclara cual es la cultura de ese público que llena las encarecidas plateas de los divos modernos del piano.

Si descontamos el triunfo bien adobado y mejor preparado de Marisa Regules, los concertistas argentinos se han movido en la misma órbita de acción que en años anteriores.

Un poco de público fiel, siempre el mismo; una crítica apática y repetida en sus conceptos, y un estar trabajando casi en el vacío, como si ellos no signi-

fican nada en el desarrollo auténtico de los valores del país. Esfuerzos que no van más allá de la simpatía, ideales que se tronchan en mitad del camino, e ilusiones que tienen que plegarse casi siempre ante la ímpia realidad de las necesidades vegetativas, he ahí el esquema del destino de los concertistas argentinos (incluimos en tal nombre todos los artistas de las artes interpretativas musicales y la danza). Destino este también sin sostén estatal, sin administración directiva nacional y sin concepto de la economía de los valores del espíritu en la vida de un pueblo y de una nación.

El artista aquí, en la Argentina, vive aún, como el artista de las sociedades burguesas de fin de siglo, es decir que, como artista, es un paria social. Para ganarse el sustento y vivir como ser civil, tendrá que tener cátedras o servirse de medios económicos diversos, o, más bien dicho, tendrá que entrar a ser parte del engranaje burocrático, pero no podrá dedicarse exclusivamente y vivir de los frutos de su arte. El arte para todo artista argentino será siempre un perpetuo sacrificio, al cual se adaptarán con manifiesta felicidad los mediocres que pululan en todos los órdenes de las actividades humanas, pero del cual el verdadero artista no recibirá sino debilitaciones, humillaciones y fatiga. Es decir, el artista argentino no vive en una sociedad del tipo "humanista" sino en una sociedad de tipo capitalista y, por ello, tiene que convertirse en un ser marginal e infructuoso, ya que todo su fin está en el fin del espíritu. Por eso el pintor, de no plegarse a las imposiciones políticas de la camarilla que le hará ganar el premio antes de pintar el cuadro, tendrá que dedicarse a la propaganda; el escritor tendrá que vivir del periodismo; y el músico de la radio, sirviendo siempre a la imposición propagandista de los productos comerciales o de la ciencia que encierra la aspirina.

Pero alegrémonos de ello, ya que en el fondo de todo concertista auténtico, hay siempre la realidad de un idealismo en pugna. De alguien que quiere seguir siendo alguien aún cuando la sociedad quiera doblegarlo a hacerse algo. Es decir, hay siempre en ellos un valor de espíritu en función y en lucha, y esa sola posición de la existencia vale un triunfo.

Solamente habría que desear que nuestra sociedad esencialmente mediterránea en su raza (ya fuere semita o europea) y firmemente latina en sus ideales, considere su posición en la historia, y entre de lleno en la forma del estado humanista que es la única perdurable. ★